

C. Rius 2/0

ALBUM SALON



CENTRO EDITORIAL ARTISTICO de Miguel Seguí ☉ Rambla de Cataluña, 149-151, Barcelona ☉ **Precio: 4 reales.**

© Biblioteca Nacional de España

Album Salón

Revista Ibero-Americana de Literatura y Arte

— PRIMERA ILUSTRACION ESPAÑOLA EN COLORES —

AÑO II

BARCELONA, 9 DE ENERO DE 1898

NÚM. 8

Director-Propietario: MIGUEL SEGUÍ

Redactores:

SALVADOR CARRERA

V. SUÁREZ CASAÑ

COLABORADORES

Literatos: Leopoldo Alas (*Clarín*).—Rafael Altamira.—Vital Aza.—Víctor Balaguer.—Federico Balart.—Francisco Barado.—Eusebio Blasco.—Vicente Blasco Ibáñez.—Luis Bonafoux.—Ramón de Campoamor.—Rafael del Castillo.—Mariano de Cavia.—Martín L. Coria.—Sinesio Delgado.—Narciso Díaz de Escovar.—José Echegaray.—Alfredo Escobar (*Marqués de Valdeiglesias*).—Francisco T. Estruch.—Isidoro Fernández Flórez (*Fernanflor*).—Carlos Fernández Shaw.—Emilio Ferrari.—Carlos Frontaura.—Enrique Gaspar.—Pedro Gay.—José Gutiérrez Abascal (*Kasabal*).—Jorge Isaacs.—Teodoro Llorente.—Federico Madariaga.—Marcelino Menéndez y Pelayo.—José R. Mérida.—F. Miquel y Badía.—Eduardo Montesinos.—Magín Morera Galicia.—Conde de Morphi.—Gaspar Núñez de Arce.—F. Luis Obiols.—Armando Palacio Valdés.—Manuel del Palacio.—Melchor de Palau.—Emilia Pardo Bazán.—José María de Pereda.—Benito Pérez Galdós.—Felipe Pérez y González.—Jacinto Octavio Picón.—Miguel Ramos Carrión.—Ángel Rodríguez Chaves.—Joaquín Sánchez Toca.—Alejandro Saint-Aubín.—Antonio Sánchez Pérez.—P. Saindo Autrán.—Eugenio Sellés.—Enrique Sepúlveda.—Luis Taboada.—Federico Urrecha.—Luis de Val.—Juan Valera.—Ricardo de la Vega.—José Villegas (*Zeda*).—Baronesa de Wilson.

Pintores y dibujantes: Joaquín Agravot.—Fernando Alberti.—Luis Alvarez.—T. Andren.—José Arijá.—Dionisio Baixeras.—Mateo Balasch.—Laureano Barrau.—Pablo Béjar.—Mariano Benlliure.—Juan Brull.—F. Brunet y Fita.—Cabrinety.—Ramón Casas.—Lino Casimiro Iborra.—José Cuchy.—José Cusachs.—Manuel Cusí.—Vicente Cutanda.—Manuel Domínguez.—Juan Espina.—Enrique Estevan.—Alejandro Ferrant.—Baldomero Galofre.—Francisco Galofre Oller.—Manuel García Ramos.—Luis García San Pedro.—José Garnelo.—Luis Graner.—Ángel Huertas.—Agustín Lhardy.—Ángel Lizcano.—Ricardo Madrazo.—José M. Marqués.—Ricardo Martí.—Tomás Martín.—Arcadio Más y Fontdevila.—Francisco Masriera.—Nicolás Mejía.—Méndez Bringa.—Félix Mestres.—Francisco Miralles.—José Moragas Pomar.—Tomás Moragas.—Moreno Carbonero.—Morelli.—Tomás Muñoz Lucena.—José Parada y Santín.—José Passos.—Cecilio Plá.—Francisco Pradilla.—Pellicer Montseny.—Pinazo.—Manuel Ramírez.—Román Ribera.—Alejandro Riquer.—Santiago Rusiñol.—Alejandro Saint-Aubín.—Sans Castaño.—Arturo Serriñá.—Enrique Serra.—Joaquín Sorolla.—José M. Tamburini.—José Triadó.—Ramón Tusquets.—Marcelino de Unceta.—Modesto Urgell.—Ricardo Urgell.—María de la Visitación Ubach.—Joaquín Xaudaró.

Músicos: Isaac Albéniz.—Francisco Alió.—Fermín M. Alvarez.—Tomás Bretón.—Ruperto Chapí.—Federico Chueca.—Espí.—Manuel Fernández Caballero.—Gerónimo Giménez.—Salvador Giner.—Manuel Giró.—Juan Goula.—Enrique Granados.—Joaquín Malats.—Claudio Martínez Imbert.—Luis Millet.—Enrique Morera.—Antonio Nicolau.—Felipe Pedrell.—Agustín L. Salvans.—Joaquín Valverde.—Amadeo Vives.

¿AGUA? por XAUDARÓ.



Se acabó... el anís...



... ni una gota...



... pues señor... ¡Qué triste... es esto!



Tan triste... que se me cae la baba...



Estoy por suicidarme... la ventana... está alta... piso tercero...

ESTELA & BERNAREGGI

Sala de Conciertos - Cortes, 275 - BARCELONA

PIANOS y HARMONIUMS

ALQUILER - CAMBIO - VENTA A PLAZOS



S. A. R. LA INFANTA DOÑA ISABEL

EN el regio alcázar de Madrid, donde nació; fraternalmente unida con la cariñosa madre del más joven de los actuales monarcas; indentificada con ella en ideas y sentimientos, tiene su residencia una dama ilustre, de todos respetada y por muchos bendecida.

Hija de reyes, ostentó el título de princesa de Asturias, que corresponde á los herederos de la Corona, hasta que vino al mundo el duodécimo Alfonso, y recobrólo cuando éste empezó á reinar, para transmitirlo después á la candorosa niña que lo honra en la época presente.

Casada en la primavera de su vida y pocos meses antes de aquel Septiembre tan aciago para la dinastía borbónica; tuvo que pasar la luna de miel en territorio extranjero, bajo un cielo menos despejado y sonriente que el de su patria; cielo que volvió á ver con los ojos preñados de lágrimas, pues, durante su destierro, el pérfido destino había cerrado para siempre los de su esposo.

Aparte de los vínculos que enlazan á la Reina y á la Infanta, su mutuo cariño se acrecentó luego con la común desgracia, y se quieren... porque allá, en el fondo del corazón, conservan ambas la misma herida; porque las dos vistieron en edad temprana las tristes tocas de la viudez; si bien á la primera quedóla el consuelo de la maternidad, desconocido para la segunda.

Tan acendrado afecto, tan delicada armonía existe entre las augustas cuñadas, que la opinión general, siguiendo ese laudable ejemplo, al rendir homenaje á la una, no se olvida de la otra; estimando por igual las revelantes dotes de que están adornadas.

Cuanto obtienen la alta distinción de ser recibidos por Su Majestad, crecerían faltar á un deber sagrado, si salieran de Palacio sin cumplimentar á Su Alteza.

Y á fe que son bien merecidos todos los agasajos que á ésta se tributan, y aun pálidos, comparándolos con la bondad de su alma y con su privilegiada inteligencia.

Dotada de varonil entereza, la entusiasman las empresas atrevidas, las lides del progreso, y las manifestaciones del saber; hallándose dispuesta á prestar su poderoso concurso, siempre que éste contribuya al engrandecimiento del país.

Dando continuas muestras de exquisita sensibilidad, acude solícita á donde su mediación resulte beneficiosa, así en las calamidades públicas como en los infortunios privados; ya se trate de recomendar el mérito, ya de ejercer la caridad, abre su

pródiga mano, sirviendo de estímulo á los que pueden y deben imitar su generoso proceder.

Encarnado en ella el sentimiento de lo bello y noble, rinde á las artes ferviente culto; su gabinete particular es un museo de inapreciable valor.

El músico, el pintor, el poeta, tienen una buena amiga y una constante protectora en la egregia dama; la cual de fijo, aprecia más, su compañía, que la de muchos magnates á quienes sólo recomiendan las riquezas y los blasones.

Para la Infanta Isabel, el talento constituye la mayor grandeza.

Al que estas líneas escribe, cúpole la satisfacción de apreciar por sí mismo, repetidas veces, el singular ingenio y la suma afabilidad de la ilustrada princesa que, lejos de imponerse con aparatosas formas ó alta-

neros alardes, ha sabido, sin menoscabo de su preclaro origen, conquistar universales simpatías y popularizar la fama de su valimiento personal, muy superior al adquirido por méritos de la cuna.

Todavía resuenan en mis oídos las halagüeñas frases con que en varias ocasiones, después de visitar nuestra Exposición Universal, me pintó, con expresivo y sincero entusiasmo, la admiración que sentía por Cataluña; elogiando la cultura peculiar de sus hijos, maravillándose de sus transcendentales iniciativas y gozándose en sus sorprendentes triunfos.

Aquellos actos de justicia á que, por lamentables apreciaciones, no nos tienen acostumbrados, enardecieron de



tal suerte mi orgullo provinciano, avasallaron de tal modo mi voluntad, que acabé siempre por besar con profundo agradecimiento, la delicada mano de la maguánima señora, cuando al descender hasta la mfa, honraba tan noblemente la hermosa tierra en que he nacido.

Desde entonces, el respeto que por su proximidad al trono me inspiraba, raya en veneración.

Poco soy y nada significo; pero, dentro de la humilde esfera en que se agita mi insuficiencia, pregonó en voz alta é íntimamente convencido, que la Infanta Isabel es uno de los más ricos florones que han adornado la Corona de España.

SALVADOR CARRERA

FOTOGRAFÍA DE F. DEBAS

CIENCIA Y VIDA

No ha existido ni existe hombre tan sabio como el doctor López: cuanto encierra la ciencia en sus más recónditos archivos le era tan familiar como al avaro su tesoro. ¿Qué suceso próximo ó remoto, transcendental ó insignificante se escapaba á su penetración histórica? Dijérase que había vivido en la edad de piedra: tan bien conocía hasta los más insignificantes pormenores de la existencia troglodita; lo mismo recitaba él los nombres de los reyes de las dinastías egipcias que los niños de nuestras escuelas los de los monarcas visigodos; leía de corrido la escritura cuneiforme y la jeroglífica, la sanscrita y la hebrea; hablaba y escribía en griego como Homero y Tucídides, en latín como Virgilio ó Cicerón, en toscano como Dante, en alemán como Goethe, en inglés como Byron, en francés como Fenelon, en castellano como Cervantes. Su filosofía era el resumen sintético, y además purgado de todo error, de cuanto han adivinado los más grandes pensadores desde Platón hasta Kant y desde Hegel hasta Herbert Spencer. La Place, Leverrier y el P. Sechi eran, comparados con él, medianos astrónomos. Sabía cuanto se puede saber, y algo más, de los tres reinos de la Naturaleza. Hizo en Química no sé cuántos descubrimientos, y realizó en Mecánica verdaderas maravillas. En su cerebro se encerraban más conocimientos que en la más copiosa biblioteca. No sólo « se había asomado á todas las ciencias », sino que en todas ellas había penetrado ni más ni menos que Pedro por su casa. Si á algún hombre pudiera dársele con verdad el nombre de « rey de la creación », era á aquel doctor, joven aun, de rostro pálido, de ojos tristes y apagados, frente calva y cuerpo enfermizo.

Inútil es decir que en su alma, ocupada toda por la ciencia, jamás hicieron su nido las ilusiones. Trataba siempre de averiguar lo que era la *cosa en sí* y despreciaba las apariencias; detestaba el arte, *que era*, según él, *una engañosa cobertura*. Ni le entusiasmaba la virtud ni le indignaba el crimen: crímenes y virtudes eran para él simples productos « como el vitriolo y el azúcar ». Ni el héroe merecía premio, ni el delincuente castigo. Nada de amor, nada de repulsión: conformidad pasiva ante todo lo que existe. Lo que es, debe ser: la lógica es la ley del Universo. Los espíritus superficiales se sorprenden del fenómeno porque ignoran sus causas; son como los salvajes á quienes aterrizan los eclipses porque ignoran las leyes á que están sometidos los cuerpos celestes. En cambio, los hombres superiores de nada se sorprenden, todo lo perdonan, porque todo lo comprenden y todo se lo explican.

El doctor López nunca había sido joven: su alma era como esas flores prensadas entre las hojas de los libros. En la edad en que otros niños



juegan á la peonza ó al marro, López aprovechaba las horas de recreo resolviendo problemas de matemáticas. Pasó los días de su adolescencia en los anfiteatros de Medicina, en los laboratorios, en las bibliotecas y en los archivos. Antes de cumplir los diecisiete años había publicado obras magistrales, y aun estaba su rostro virgen de la navaja del barbero, y había ya derrotado en ruidosa polémica teológica á dos obispos y no sé cuántos doctores.

Desconocía en absoluto los goces del amor. El sentido de esta palabra era una incógnita que nunca había tratado de resolver. Casto como un anacoreta, indiferente á la belleza femenil, hubiérase creído que no era hijo de mujer, sino una especie de *homunculus* fabricado por arte mágico en la retorta de un alquimista.

Tocaba ya en las fronteras de la edad madura cuando un día...

Fué en lo más frondoso y escondido de un valle formado por dos altísimas montañas. Recorríalo el sabio á fin de comprobar no sé qué datos geológicos. Apenas le interesaba el hermoso paisaje que ante sus ojos se extendía. La contemplación desinteresada de lo bello es una de las formas del amor, y nada que al amor se semejase había en el corazón de López. ¿Qué le importaba la nieve virginal de las cumbres ni el verde esmeralda de los valles, ni los alegres caseríos diseminados por las laderas, ni los giros caprichosos de agua que espumosa y con ruido bajaba hasta lo más hondo del valle saltando de peña en peña? Lo que le tenía absorto y como en éxtasis eran unos cuantos pedruscos que sin duda debían de revelar hondos secretos geológicos.

De repente, al levantar la vista vió surgir en la desembocadura de una cañada una mujer deslumbrante de hermosura y de sana belleza. Tendría la hermosa como veinte años y eran negros y rasgados sus ojos, oscuros y abundantes sus cabellos, encendida como fresa madura la boca y morena y aterciopelada la epidermis de sus mejillas. Sus bien contorneadas caderas, su alto y duro pecho y el nacimiento de su pierna, hacían pensar en la mujer de seno fecundo, destinada por Dios á ser manantial de innumerables existencias sanas y fuertes.

El sabio al verla dejó caer las piedras que un momento antes ocupaban toda su atención. Un estremecimiento para él desconocido circuló como una corriente eléctrica por todas las fibras de su ser. Ella, por su parte, le miraba con desdeñosa curiosidad. La diferencia entre ambos no podía ser mayor: ella era la juventud, la salud, la personificación de la alegría de vivir; él, la imagen de la decadencia física; ella parecía el comienzo de una raza; él, el vástago raquíptico de una generación agotada.



La joven, después de mirar breves instantes al sabio, le volvió la espalda y emprendió su camino al través del valle.

—¡Detente!—gritó el hombre.

—¿Qué quieres?—dijo la hermosa.

El doctor López vaciló un momento; circulaba por sus venas extraño fuego, nueva vida invadía todo su ser y le pareció que una primavera espléndida había brotado en torno suyo.

—Oyeme—dijo con voz temblorosa.—Hace un momento estaba ciego: te he visto y se ha hecho la luz en mi alma. Tú que eres la causa de lo que pasa en mí, dime, ¿dime qué es este deslumbramiento, este fuego que me quema, esta sed de mirarte?...

La joven lanzó una alegre carcajada que los montes lejanos repitieron.

—No te burles. Dime, ¿es acaso amor esto que siento?

—¡Amor!... No; tú no puedes sentir amor; tus ojos están apagados, tu frente se inclina hacia la tierra. ¿Cómo sostendrías en tus débiles brazos a la mujer amada para salvar los precipicios de estos montes? ¿Cómo la defenderías? ¡Si tú conocieras al amado de mi corazón! Pregunta por los caseríos de estos valles: alto como los pinos de las cumbres, recio como los robles de esas laderas. De fuego son sus ojos y de mieles sus labios. ¿Quién le aventaja en la carrera? ¿Quién derriba a los toros bravos con más brío? A su lado, aunque la tempestad remueva esos peñascos y el vendaval doble como cañas esas encinas y ahulle el lobo entre esos matorrales, yo duermo tranquila.

—Escucha. Hay una fuerza mil veces más poderosa que la fuerza de los brazos: la fuerza de la inteligencia. Me crees débil: te engañas. Con sólo quererlo yo, verías volar esas peñas hechas pedazos; con el agua que corre tranquilamente por ese cauce puedo hacer maravillas que te colmarían de asombro. Cuanto existe me obedece. Con mi mano que tú crees tan débil sujeto yo los rayos del cielo...

—¡Vete!

—En mi alma hay tesoros de ternura que tú desconoces. Te descubriré mundos de ideas y mundos de sentimientos. Yo te explicaré en virtud de que misterio te deleita el aroma de las flores.

—Me basta con disfrutar de su perfume.

—Te haré leer en el cielo azul como en un libro de clara escritura.

—Me basta con que las estrellas brillen en mis noches de amor.

—Te mostraré cuantos tesoros encierra la tierra y el mar.

—Y qué me importan á mí tus tesoros. ¿Por ventura has logrado tú con todo eso impedir que los cabellos huyan de tu frente, que tus ojos pierdan su brillo, que tu cuerpo se consuma. Mírate en el agua de ese arroyo... ¡Tu ciencia, tu sabiduría! Guárdatelos y déjame en mi ignoran-

cia. Quiero gozar de mi juventud; quiero vivir. Vete; tu mundo no es este.

—¡Te amo!—gritó el sabio extendiendo sus brazos hacia la joven.

—Miróle ella con supremo desprecio y después lanzó un grito. Saltando de peña en peña fuerte y ágil apareció un hombre.

—¡Es él!—gritó, y corrió á su encuentro. La enamorada pareja se alejó



lentamente mirando de cuando en cuando con lástima burlona al pobre sabio, que después de un largo rato de penosa meditación lanzó un suspiro y recogió los pedruscos caídos en la orilla del arroyo cuyas aguas parecían estremecerse de gozo por haber tenido entre sus cristales la imagen de la hermosa.

ZEDA

ILUSTRACIONES DE J. CUCHY

DEBILIDAD

ROMÁN delira por la literatura dramática.

No está abonado á ningún teatro, pero concurre á todos.

Antes faltaría el sol, que dejase él de asistir á un estreno.

Corazón ardiente y opasionado, tiene aún el buen gusto de entusiasmarse con las brillantes frases de Echegaray y conmovirse al escuchar las esculturales de Sellés.

De pronto, este devoto del arte clásico, dejó de ir no solamente al teatro Español, sino á todos los demás de la Corte.

Su ausencia de los templos literarios, que empezó á prolongarse más de lo regular, me intrigó fuertemente é hizo brotar en mi corazón el deseo de celebrar con Román una INTERVIEW.

Almorcé con él en su casa el otro día: estábamos solos en el comedor. La ocasión no podía ser más propicia. ¿Por qué no vas á los teatros? le dije.

—Te lo voy á decir. La culpa de mi ausencia la tienen los sombreros; desde que impera esa moda, está uno condenado á no ver ni una representación.

—¿No basta con oirlas?

—No; apreciar el gesto del artista, entra por mucho en el efecto que el ánimo recibe. No es lo mismo oír á Gayarre desde una butaca del Real, que oírle por medio del fonógrafo. Pues verás. Yo, que no soy rico, distribuía mis gastos de manera, que asistiendo sin faltar á ninguno de los puntos donde va todo Madrid, aun ahorra una cosilla. Dejé mi fila sexta del Real, porque á la quinta se abonaron unas señoras que llevaban á la cabeza entre las tres más de diecisiete plumas y docena y media de pajarracos. El sombrero más sobrecargado era el de la madre. Llevaba la jamona sobre su cabeza un *Ripert*, materialmente, un coche del tranvía, un carro de mudanza de los de Federico Delvieur. Yo no vela ni siquiera una ópera; cambié de fila una vez y dos y veinte. ¡Todo inútil! Siempre en la anterior encontré reductos inexpugnables de sombreros monstruos. Y dejé de ir al Real, como por idéntica causa me ausenté de Apolo, de la

Comedia, de la Zarzuela, en fin, de todos los teatros. Las salas de todos ellos han dejado de serlo, y se han convertido en escaparates de *sombrería femenina*. ¿Por qué, decía yo, cuando al levantar el telón se descubren todos los hombres, no se descubren asimismo las señoras, echando sobre sus rodillas el peso de sus cabezas?

—Hombre, por algo las señoras son bello sexo.

—Sí, para fastidiar al sexo feo en todos los teatros. Por fin tuve una gran inspiración. ¿Cómo evitar, dije para mí, que entre mis ojos y el espectáculo se interpongan esos montes de verdura inanimada y de pájaros disecados? Ya lo sé. Abonándome en primera fila. Fuf desolado á todos los teatros. ¡Viaje inútil! Todas las primeras filas estaban abonadas por aburridos, como yo, que me habían ganado la mano. Sólo en la Comedia encontré una noche una butaca libre y la aboné. Pero, ¡ay de mí! supe que se había quedado libre porque asistía al puesto que ocupa el sexteto, una familia de señoras con sombrero. Perdí el dinero del abono y no parecí más por aquel teatro.

Desde entonces me dediqué á ir á los toros exclusivamente, y á la barrera, para no tener sombreros delante, y por ser el único punto donde suele verse alguna mantilla que otra. No me verás más en los teatros; yo te lo juro.

Se acabó el almuerzo y me retiré.

Han pasado seis meses. Y ¡asombro de los asombros! Recibo una carta de Román, cuya síntesis es esta:

«Me caso; he encontrado mi media naranja; es mi novia una de las abonadas á la quinta fila del Real. La hija mayor del *sombrero grande*; etcétera, etc.»

¿Y qué dicen ustedes que es lo primero que le ha regalado? ¡Un sombrero monumental con dieciocho plumas y catorce pájaros!

RAFAEL M.^a LIERN †



REGALO DE REYES



EL CONSEJO DE LA MODELO

EL ULTIMO AGUINALDO

NADIE hubiera reconocido en aquella anciana decrepita — continuó diciendo el sacerdote — á la mujer alegre, coloradota y robusta de otro tiempo. A mí me costó no poco trabajo recordarla. En dos años había cambiado asombrosamente. El círculo morado de sus ojos, que coronaban pobladas cejas blancas, hacían efecto singular en aquella cara chupada y pálida. La vejez había entrado en aquel cuerpo á paso de carga arrollándolo todo; todo menos los ojos que brillaban de manera intensa, como si la vida se hubiera reconcentrado en aquellas concavidades. El cuerpo había perdido esbeltez y agilidad; y andaba encorvada arrastrando los pies rebeldes á sostenerla... ¡Apenaba ver aquella ruina humana!

Cuando entró en mi despacho, la invité á que se sentase á descansar y la pregunté por la salud.

—Ya usted ve, señor, ya usted ve: muriéndome y alegrándome de que la muerte esté tan cerca. Sin duda Dios me ha escuchado.

Y rompió á llorar como chiquilla castigada con dureza.

La contemplé con lástima, sin atreverme á preguntarle la causa de aflicción tan grande. Me daba miedo sondear aquel corazón que rebotaba amargura y procuré consolarla con palabras, con esas palabras de *consuelo* que la vanidad humana ha creído que sirven para algo.

—Gracias, señor, gracias — me dijo. — Agradezco la buena intención, pero nada es bastante á consolarme desde que se le llevaron.

Entonces me acordé de que la mujer tenía un hijo, muchachote fornido y rebosando salud.

Iba á preguntarle por él, cuando continuó:

—Hicimos cuanto estuvo de nuestra parte para que no se lo llevaran: fui llorando á todo el mundo, pidiendo compasión, diciendo que era mi único sostén, que no tenía á nadie en el mundo más que á él y que si me le quitaban, yo, mujer y anciana, no podría valerme. ¡Pero di con pechos de piedra! Mis lágrimas de nada sirvieron: necesitaban hombres para llevarles á esa maldita guerra y mi Jacinto era un hombre fuerte, que daba envidia y... ¡tuvo que irse, abandonando á su madre, porque lo mandaba no sé quién!

—Pero, ¿siendo usted viuda?

—Ese es el caso, señor, y ahí está la gran injusticia. Nosotros íbamos de buena fe, con el corazón en la mano... Dijimos que trabajando en la finquita todo el año, sacábamos lo bastante para vivir con mucha economía. Eso fué suficiente para que aquellos señores dijeran que, quedándome para vivir, tenía que marchar mi Jacinto... ¡Sólo se libraban los hijos de viudas pobres! Según aquello, yo era rica. ¡Rica—repitió riendo nerviosamente— y me quitaban el corazón y no tenía un puñado de duros para evitarlo!... ¡Cuántos afanes desde entonces! ¡Cuántas lágrimas!... Primero se lo llevaron á Madrid. Desde allí me escribía diciéndome que estaba contento; pero... yo no lo creía. Algunas letras borrosas me indicaban que allí había llorado mi hijo... Sobre aquellas lágrimas caían las misas y las cartas quedaban que no se podían leer. Lo que escribía la mano, lo borraba el corazón.

Vino un día el cartero, que esperaba yo siempre en las afueras del pueblo llena de angustia, y me dijo dándome una carta:

—Esta viene de Cádiz.

Me faltó aire para respirar: creí que iba á morirme.

La carta era de mi hijo. Había ascendido á cabo y se lo llevaban más lejos todavía: ¡á Cuba!

Aquel día no pude llorar. Algo me apretaba aquí en la garganta de modo brutal. Creí volverme loca. ¡Ya no volvería á verle!

Me pasaba las noches rezando á la Virgen de los Dolores; pero la Virgen no me oyó nunca! ¡No he vuelto á tener más cartas!

La anciana lloraba desconsoladamente... Yo no sabía qué decir para alentar un poco á aquel espíritu rudamente triturado por el sufrimiento. Quise probarle que las cartas se habían perdido, que su hijo estaba bueno y contento, con la esperanza de ver pronto á su madre.

Ella entonces, sacando un periódico arrugado y señalándome un extenso parte de Cuba:

—Lea usted — me dijo, mientras sonreía amargamente.

El parte daba cuenta de un glorioso hecho de armas. Gracias al brillante comportamiento del sargento Jacinto Torres, que herido desde al principio de la acción se mantuvo firme en su puesto durante diecisiete horas, aquel poblado no fue reducido á cenizas. Aquella resistencia inconcebible fué causa de que los refuerzos llegasen á tiempo.

Tenemos que lamentar la muerte de cinco soldados y la del héroe Jacinto Torres.

Como ha muerto en el poblado que defendió con tanta bravura, su entierro ha sido una imponente manifestación de duelo.

Descanse en paz el que ha sabido morir tan gloriosamente.

Esto, sobre poco más ó menos, decía el periódico:

Confieso, señores, que me sentí tan conmovido, que tuve que llamar en mi auxilio todas mis fuerzas para no llorar.

La pobre madre, estaba muy lejos de ser una espartana; lloraba desconsoladamente.

Contra dolores tan justos, no hay palabras. La debilidad humana hace muchas veces, que el recuerdo de Dios sea muy poco para calmar las grandes tempestades del espíritu. Dejé, pues, que pasara aquella violenta crisis, procurando al mismo tiempo dominarme.

—Oiga usted, señor cura,—dijo procurando contener el llanto.—Todos los años le daba á mi Jacinto un duro de aguinaldo; porque él, nunca tenía dinero. ¡Me daba cuanto ganaba! Este año, aunque todo se lo ha llevado la trampa, he reunido también el duro. Tenía esperanzas de que viniera y se lo gastara divirtiéndose mientras se acordaba de mí... ¡Me lo han matado en esa infame guerra! Dígame usted unas misas; rece usted por su alma... Este será el último aguinaldo.

Y viendo el sacerdote que las señoras lloraban, y que á nosotros nos faltaba muy poco para hacer otro tanto, cambiando de tono

—No hay que apurarse,—dijo.—También este año tendrá el héroe su aguinaldo. La madre fué á reunirse pronto con él y mañana aplicaré por los dos.

Todos los presentes fuimos á la Iglesia al otro día, y aseguro que no he visto en mi vida celebración del Santo Sacrificio más sencilla y más solemne.

RAFAEL RUIZ LOPEZ



LA ADORACION DE LOS REYES, POR PAHISA.

EL SECRETO DE NICOME

SI, como dicen algunos periódicos, ha muerto *Nicomedes Mijué*, me quedo y nos quedamos *per saecula saeculorum* todos los amigos de Nicomedes, sin saber lo que era aquel chico.

Lo llamé mi amigo; pero ¿lo fué efectivamente? No lo sé.

Muchas veces me parecía que lo era y entrañable y sincero; en otras ocasiones se me mostraba huraño y hostil, con evidente propósito de mortificarme.

Y esto que acontecía conmigo sucedía con todos.

Vamos, que Nicomedes era un muchacho de los más extravagantes que he conocido en mi vida.

¡Y cuenta que los he conocido de más extravagancias!...

Su nombre era, como llevo dicho, *Nicomedes*. Pero ¿quién pronuncia con frecuencia y familiarmente nombre tan largo? Quisieron en su casa abreviar el nombre llamándole *Nico*, á lo que él se opuso resueltamente, por creer que con esa abreviación no quedaba perfectamente determinado el nombre verdadero.

«*Nico*, decía él, puede ser una especie de apócope de *Nico* demus, cuyo tránsito conmemora la Iglesia católica en el día 3 de agosto; *Nico* podrá conservar también una abreviación de *Nico*-lás; y santos Nicolases hay varios.

Nicolás, peregrino, (2 de junio); *Nicolás*, mártir (13 de octubre); *Nicolás*, mártir, (30 de octubre); *Nicolás I*, papa y confesor, (13 de noviembre); *Nicolás* Albergato, (10 de mayo); *Nicolás* de Bari, arzobispo, (9 de mayo y 6 de diciembre); porque en ese día conmemora su nacimiento, y otro su exaltación al episcopado); *Nicolás*, Factor, confesor, (23 de enero, 5 de marzo y 23 de diciembre; un día el nacimiento, otro el tránsito á mejor vida, y otro la canonización); *Nicolás* de Longobardo, (3 de febrero); *Nicolás* de Tolentino, confesor, (10 de septiembre).»

«*Nico*, prosiguió diciendo Mijué, puede ser una variante de *Nico* n; nombre del cual hay otra de santo *Nico* n, mártir, (23 de marzo) y *Nico* n, monje, (26 de noviembre). *Nico* puede ser asimismo una representación abreviada de *Nico* n, trato homónimo del cual hay otra de santos y por añadidura mártires.

Nicome sólo puede ser abreviación de *Nicomedes*, que es un santo; un presbítero cuya exaltación á la santidad se solemniza en 15 de septiembre *mis días*.»

Y no hubo apelación; *Nicomes* tuvimos que nombrarle todos; menos los que en son de broma se permitieron nombrarle *Nicenas*. Lo cual no carecía de peligros, pues si la broma lo pillaba de mal humor, la emprendía Mijué á sopapos y á patadas con el bromista.

Esto lo contaban personas de su familia y camaradas y condiscípulos que habían tratado á Mijué desde niño.

Yo lo conocí, hombrecito ya, en el *Ateneo Científico y Literario de Madrid*, donde me lo presentó no recuerdo ya qué distinguido orador de la *cacharrería*.

Nicomes me pareció simpático, afable, comunicativo. Charlamos durante hora y media, y al separarnos ya nos tuteábamos y nos despedíamos, pegándonos, sin compasión alguna, sendos manotazos, á manera de espaldarazos.

Aquello no fué visto ni oído,

Habíamos penetrado uno y otro en aquel recinto sin conocernos; salíamos de él convertidos en amigos íntimos.

A los dos días lo encontré en el vestíbulo de un teatro y no me saludó; presumí que no me habría visto; me acerqué á él, le dí las buenas noches y apenas contestó, y aun eso muy fríamente, á mi saludo.

En la siguiente noche, topé con mi extravagante amigo al cruzar la calle de Sevilla y todo fué uno: verme y darme estrechísimos y fuertes abrazos, y empeñarse en que cenáramos juntos en *El Inglés*.

Y no hubo remedio; me vi precisado á cenar contra mi costumbre y contra mi costumbre también tuve que retirarme á casa á muy altas horas de la noche.

Y cuidado si estuvo expansivo el buen *Nicomedes*. Me refirió, su vida y no digo sus milagros, porque milagro no había hecho ninguno; me habló de sus amores con una muchacha muy linda y muy buena aunque de escasa fortuna, y con la cual, por eso mismo, pensaba él casarse; me confió sus sueños de poeta, sus aspiraciones de artista; había escrito un drama... pero un drama de los que vienen á *romper moldes* y á señalar nuevos derroteros al arte, y á descubrir amplísimos horizontes á la obra teatral; vamos, un drama como no se había visto otro.

Y al despedirse de mí aquella noche, me suplicó encarecidamente que nadie se enterase de las confidencias de que me había hecho depositario y de cuyos pormenores no estaba enterada ni su familia.

Estuve dos ó tres veces si le digo, si no le digo, lo que me había sorprendido su conducta de la noche anterior; pero por último, nada le dije,



LAGUNAS PONTINAS, POR ENRIQUE SERRA.

presumiendo que podría haber sido una distracción pasajera; cualquier cosa.

No volví á ver á *Nicomes* en muchos días.

La primera vez que nos vimos después fué en la *Academia Española*. Era tarde de recepción. *Nicomes* pasó á mi lado, muy tieso, muy serioso, con una ligerísima inclinación de cabeza y un adiós entre protector y desdenoso que no le habría oído el cuello de la camisa.

Ni el sitio, ni el momento me parecieron á propósito para explicaciones; pero confieso que estuve disgustado toda la tarde.

Comprendí que aquello era una puerilidad; pero no podía resignarme á tales y tan incomprensibles mudanzas.

No transcurrieron muchos días sin que recibiese una mañana la visita de mi amigo *Nicomes*; iba á leerme su drama, su obra *¿Conoclastica?* como él la nombraba.

La ocasión me pareció de perlas. Antes de comenzar la lectura, le rogué, con afectuosa firmeza, que me explicase lo que había de extraño en su comportamiento.

—Hombre, replicó él, ¿acaso estás tú siempre del mismo humor? ¿Hay, por ventura, en el mundo alguien que lo esté? No lo creo; si lo hay, no le conozco. La mayor prueba de confianza y de cariño que puede dar una persona á otra, es tratarle como se trata á sí misma. Días hay, muchos días, en que yo no puedo hablarme, ni verme, ni oírme; en ese día no quiero hablar, ni ver, ni oír á un verdadero amigo. ¿Para qué voy á darle mal rato? Y se lo daría si le hablase. Porque... el por qué es mi secreto; ya te lo revelaré uno de estos días.

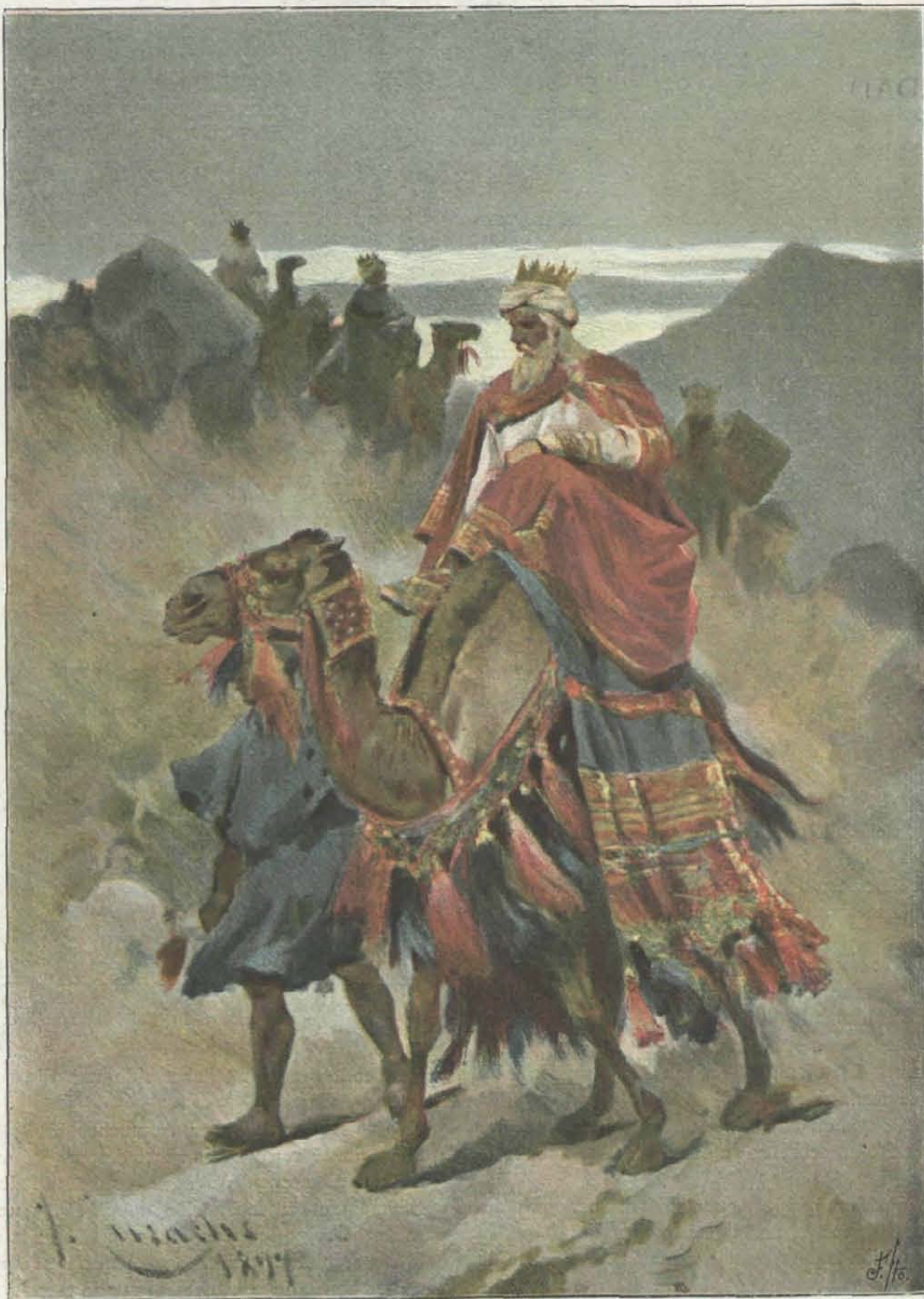
Escuché el drama del cual sólo recuerdo ya que me pareció todo él un puro desastre.

Después he esperado pacientemente que Mijué me revelase su secreto.

Ahora leo en la prensa que ha fallecido el pobre. Dios lo haya perdonado, pero deploro que se haya llevado su secreto á la tumba.

Pero, ¿no es verdad que sin tener secretos, ni cosa que lo valga, hay muchos ciudadanos que en su trato variable se parecen á Nicomedes.

A. SANCHEZ PEREZ



LOS REYES MAGOS

CUÁNTOS recuerdos despierta en nuestra mente esa leyenda fantástica y misteriosa de los reyes magos, que tantas veces nos contara nuestra madre, al calor de su regazo, en las largas é interminables noches del invierno!

Nuestra débil inteligencia de niño, apasionada por todo lo misterioso y extraordinario, veía con los colores de la realidad á aquellos tres reyes, Melchor, Gaspar y Baltasar, caminando por montes y valles cubiertos de nieve, montados en gigantescos camellos, y seguidos de inmensa servidumbre cargada de cajas de cedro llenas de dulces y juguetes.

Aquellos tres personajes de luengas barbas, rico ropaje talar de vistosos colores, con corona de oro en la cabeza y cetro del mismo precioso metal en la mano, venían y vienen todos los años, de allá del Oriente, á festejar á los niños en conmemoración de los presentes que llevaron al Salvador del mundo, cuando yacía humildemente en el portal de Belén.

Entre los reyes viene uno negro, que es el que mayor respeto y hasta temor infunde á los infantes, á pesar de que ninguno puede tener queja de su comportamiento.

En fantástica procesión, que sér humano no ha llegado á ver nunca, recorren las calles de villas y de ciudades, de aldeas y villorrios, y van de-

jando, á los niños que no lloran, caballos y tambores, muñecas grandes y chicas, sables, cascos y golosinas.

Pero todo esto con una condición.

Hay que poner al balcón, ó á la ventana, ó junto al rescoldo de la chimenea, pues estos señores también entran por allí, un zapatito con paja para alimentar á los camellos que vienen cansados y hambrientos de tan largo viaje.

No importa que el niño viva en una guardilla, por alta que sea; los criados de los reyes llevan escalas muy largas que llegan á todas partes.

Los niños, esa noche, deben acostarse pronto y dormir tranquilos, porque si están despiertos, los reyes no vienen.

A los niños malos les ponen carbones, sin dejar por esto de llevarse la paja.

¡Cuán bellos ensueños!

¡Qué santas mentiras!

¡Qué engaños más buenos!

¡Cuán dichosos son los niños á quienes aun no ha habido ninguna mano infame que arranque la venda de sus inocentes creencias!

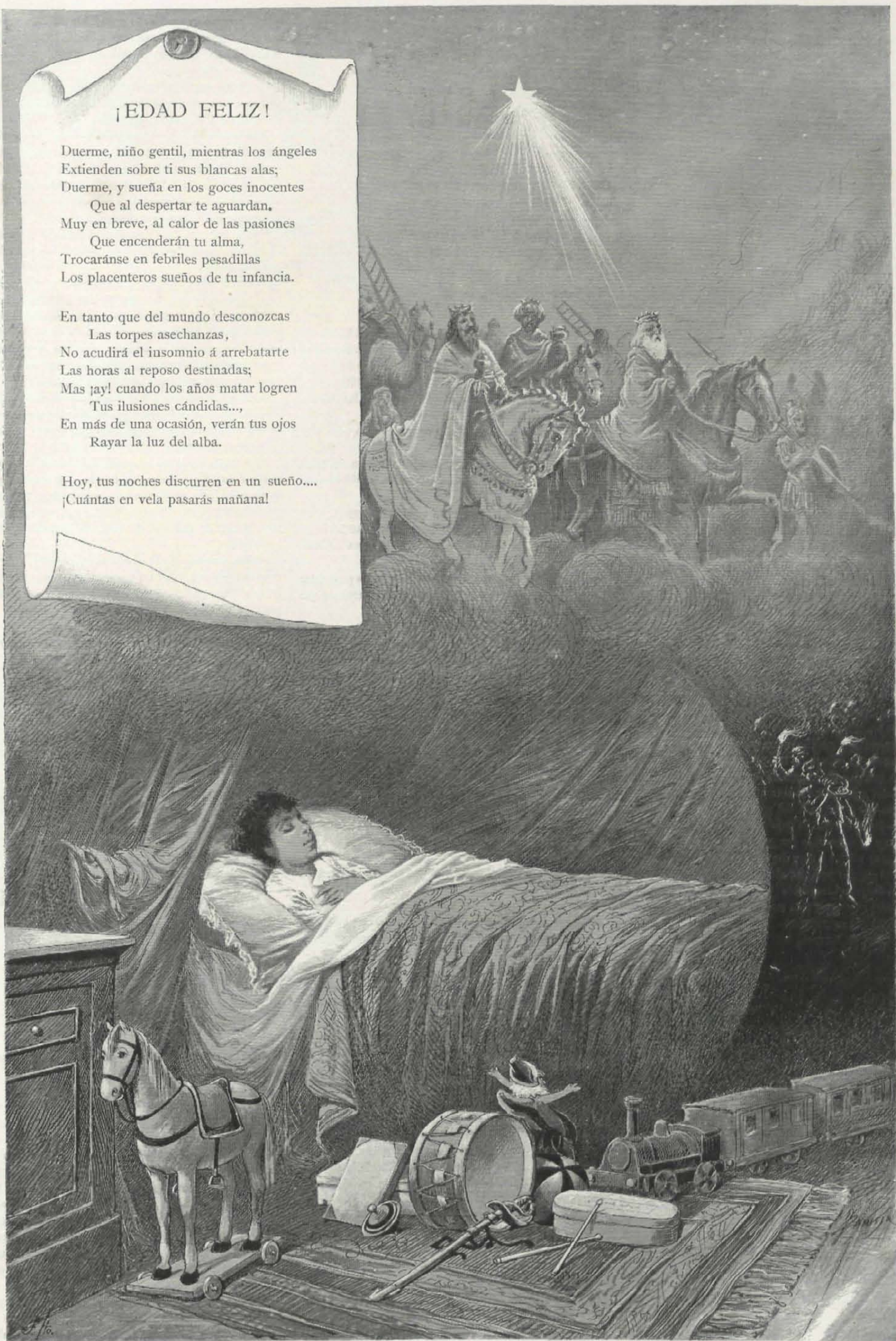
Los hombres sabemos más; ya nos han enseñado á reirnos de todo... pero reimos llorando.

¡EDAD FELIZ!

Duerme, niño gentil, mientras los ángeles
Extienden sobre ti sus blancas alas;
Duerme, y sueña en los goces inocentes
Que al despertar te aguardan.
Muy en breve, al calor de las pasiones
Que encenderán tu alma,
Trocaránse en febriles pesadillas
Los placenteros sueños de tu infancia.

En tanto que del mundo desconozcas
Las torpes asechanzas,
No acudirá el insomnio á arrebatar
Las horas al reposo destinadas;
Mas ¡ay! cuando los años matar logren
Tus ilusiones cándidas...,
En más de una ocasión, verán tus ojos
Rayar la luz del alba.

Hoy, tus noches discurren en un sueño....
¡Cuántas en vela pasarás mañana!



EL SALTO DEL PAJE



LEYENDA DE ASTURIAS

Ro lejos de la renombrada estación de baños de Caldas, á una legua de Oviedo, y en la orilla izquierda del río Nalón, allí donde corre más profundo y reposado, confundiendo su murmurio con el de la brisa, entre los árboles que le sombrean, los campesinos de la comarca enseñan al forastero una peña musgosa, fuertemente arraigada, y cuyo aspecto nada ofrece de particular sino las manchas rojo-oscuras, casi negras que salpican el musgo. Revela siglos de existencia aquella capa con que la naturaleza ha revestido á la roca.

El sitio es tan sombrío y la decoración de tan salvaje belleza, que desde luego impresiona al viajero, aun antes de conocer la terrible historia y la interesantísima leyenda que á tal lugar se refiere.

La primera vez que pasé por allí acompañábame un anciano de la próxima aldea de San Juan de Caces, y al observar que se detenía santiguándose, preguntéle el motivo:

— Esa peña es la del *Salto del paje*, — me respondió con tristeza, y una expresión no exenta de terror.

Y la mirada del sencillo aldeano después de fijarse un momento en el río y en su sombría ribera, cruzó por entre las altas copas de los árboles, y fué á detenerse en las torres del restaurado castillo de Priorio, que, á la distancia de un tiro de ballesta, álzase allá sobre un ribazo que domina el camino de Oviedo.

Volví á preguntarle si la historia del castillo tiene relación con la leyenda del paje, y me contestó:

— Es la misma. El paje quería á la hija de don Rodrigo y don Rodrigo era castellano de Priorio; un señor muy severo y muy orgulloso; pero podía perdonársele el orgullo porque todo lo cifraba en su hija... ¡Ah! ¡qué desgracia tremenda trajeron aquellos amores, caballero! ¿Ve usted esas manchas oscuras de la peña?

— Si que sorprenden...

— Son de sangre...



Comprenderá el lector cuanto empeño pondría yo inmediatamente en averiguar todo lo que se refiere á la dramática historia que viene transmitiéndose de generación en generación entre los honrados habitantes de aquél país, y con la escrupulosa fidelidad de las más verdídicas tradiciones.

No puede precisarse el año en que ocurrió, pero sí el siglo, que fué el XIV.

La ofrezco al público guardando la misma fidelidad en el fondo de la acción como en todos los detalles de importancia.

Retrocedamos, pues, á aquel siglo caballeresco, y en una hermosa tarde de Mayo penetremos por los frondosos robledales de la ribera del Nalón hasta acercarnos al castillo.

Así resguardados por la arboleda podemos presenciar como empieza el drama lo mismo que los testigos que lo transmitieron á nuestros antecesores.

Atraen en seguida nuestra atención los dos amantes, que se creen solos; ella, Irene, la hija de don Rodrigo, asomada á una gótica ventana del torreón de Oriente; hermosa como la encarnación del sueño de un poeta, y él, Pablo, el gallardo paje del Infante Don Alfonso.

El enamorado manco está oculto, detrás de un seto de las inmediaciones, y aunque apenas apunta el bozo en su rostro moreno, es fama que ha dado ya pruebas muy cumplidas de su valor, y que pronto calzará la espuela de oro del caballero.

La ansiedad con que ella le mira y el cuidado que él pone en ocultarse demuestran evidentemente los obstáculos que hallan á su pasión, y viene á confirmar nuestra sospecha el aspecto de un tercer personaje que surge de pronto detrás de la figura de Irene.

Ha aparecido tan silencioso que ella no advierte su presencia.

Es un caballero adusto como la imagen de la adversidad, y parece encontrarse en la edad de un otoño vigorosísimo, por más que las escarchas de prematuro invierno principian á blanquear sus cabellos.

Está su cuerpo completamente armado, á excepción de la cabeza, que lleva descubierta; pero, en lugar de la incómoda armadura, ciñe su pecho una excelente cota de malla.

Lo atlético de su porte nos le revela como uno de aquellos formidables guerreros que tanto contribuyeron á la epopeya de la Reconquista.

— ¿Qué es lo que tanto distrae tu atención, Irene? — la dijo después de un rato de inmovilidad y de silencio.

— ¡Ah! ¿estabas tú ahí, padre mío? — exclamó la doncella, volviendo rápidamente la cabeza, no menos sorprendida que temerosa. Pero en seguida se repuso, disimulando su impresión por tranquilizarle, y aun fijó en su padre sus ojos celestes con aire de reconvención infantil.

— Es que sin duda te desagrada mi presencia aquí?

— ¿Cómo puedes pensar eso? ¿Hay un solo momento en que yo deje de ser tu hija cariñosa?

— ¡Así fueras tan obediente como cariñosa!

— No me asustes, padre mío...

— Sólo te advierto, Irene, que no te olvides de mis prevenciones. ¡Ay, de quien te impulse á la desobediencia!...

— ¡Padre! Me has preguntado qué es lo que distrae mi atención, y, sin darme tiempo á la respuesta, puesto

que lo primero es mostrar lo agradable de mi sorpresa por encontrarte aquí á estas horas, contra tu costumbre, vuelves á hablarme para reprender... y creo que no merezco la reprensión.

Hablando así, las azucenas del rostro de Irene, convertíanse en rosas purpúreas: el rubor desmentía á su sinceridad y á su propia inocencia.

Bien reparó don Rodrigo en esa hermosa contradicción, viéndose su amor propio de padre también contrariado, á la vez que halagado. Sentía celos de quien se atreviera á robarle los pensamientos de su hija, y al mismo tiempo, experimentaba el orgullo de haber dado la existencia á criatura tan peregrina.

Contóvose, y en tono pausado, sin cesar un momento de mirarla, como para estudiar el efecto de cada una de sus palabras, la dijo:

— La verdad, Irene, no puede ocultarse fácilmente bajo el espejo de la inocencia. Tú nunca te atreverías á revelarme lo que sientes ahora; tú nunca me dirás la verdad que, á pesar tuyo, veo asomar á tus turbados ojos. Late inquieto tu corazón, y ya no te desvelas como antes por demostrarme la ternura filial, que es mi único consuelo desde que perdimos á tu madre...

— ¡Oh! siempre te quiero con igual veneración...

— Sí, pero sin embargo, ¡amas locamente á quien no es digno de tu nombre, á quien no debes amar, á quien no quiero que ames!...

La severidad y la energía con que ésto fué dicho por el señor de Priorio aterraron á su hija de manera que durante un rato no se atrevió á contestarle. Pálida y temblorosa dirigió sus ojos el Cielo, y al fin como reanimada ante la serenidad del inmenso azul, balbuceó lo que sigue:

— Yo ni te engaño ni te ofendo, padre mío... Yo no creo indigno de... ¡oh! no te enojos y permíteme amarte, que si has podido descubrirlo, si sabes cuánto sufro por este amor, sabrás igualmente cuánto escondo mi sufrimiento por sonreír siempre á tu cariño...

— ¡Y me lo confiesas, desgraciada!... ¿No comprendes



des que esa confesión es quizás la sentencia de muerte de tu amante?...

— ¡No! ¡no! ¡no!

— Temerario es tu atrevimiento, Irene, como la audacia de ese bastardo...

— ¡Padre!

— No me des ese nombre, que hasta ahora me enorgullecía... no me lo des, á no hallarte dispuesta á obedecerme sin vacilar. Te mando que desistas de esa pasión insensata. La descendiente de una raza ilustre y sin mancha, tú, mi heredera, tú, tan noble como la misma Reina, no puedes bajar los ojos hasta un aventurero, sin cuarteles ni divisa, sin un escudo honroso; un manco que vive sólo de la munificencia que usa el Rey con los criados de su casa...

— No es un criado, padre mío; es el compañero y el amigo del Infante Don Alonso; y aunque, á causa de su mocedad, todavía no le han armado caballero, sabes que el mismo Rey elogia el valor que demostró Pablo repetidas veces, cuando se empeñó en acompañarle á la



guerra al lado vuestro, entre los hombres más animosos...

— ¡Pero es un bastardo!...

— ¡Harto ennoblecera su escudo con su valor!...

Pronunció estas palabras Irene con tal calor y firmeza que habría sorprendido á su interlocutor, si entonces no le preocupase algo que pasaba fuera; la aparición repentina de una figura por la próxima ribera del río. Como una sombra la vió desaparecer instantáneamente en la espesura de los árboles, produciendo un ruido que tenía todas las apariencias de una señal.

Don Rodrigo miró de hito en hito á su hija, y ella bajó los ojos pálida y azorada, no sin volver la vista un instante á pesar suyo hacia la misteriosa espesura.

— Defiéndele, que es posible que él te haya oído, y quizás acuda á mostrarte su agradecimiento... ¡Vive Dios que muy pronto voy á saberlo!...

Y sin atender á las súplicas, ni hacer caso de las lágrimas de la joven, salió de la estancia con ademán amenazador.

El eco de sus pasos llegaba á poco desde la sala de armas del castillo á helar la sangre en las venas de Irene.

III

En seguida aparecieron simultáneamente, ella, desolada, sacando medio cuerpo fuera de la ventana y agitando febrilmente un pañuelo, y sobre la ribera del río la figura que acababa de esconderse, ocasionando la amenazadora determinación del castellano.

Era Pablo.

Nada más bizarro que su cabeza, de perfil aguileño, realzada por una gorra de terciopelo azul, en que ondea una pluma de garza sujeta por un broche de oro. Su negra cabellera, suelta en rizos sobre sus hombros, sería envidiada por una hija del Oriente.

Dan airoso relieve á las proporciones admirables de su alta estatura, las prendas de su vestido de paje del Infante, y por privilegio concedido á su temprano valor ciñe la larga espada del caballero.

Sus negros y rasgados ojos relampaguean de amor al adelantarse hacia la torre, sin reparar en que, al propio tiempo que los de su amada le regalan con mayor ternura que nunca, á la vez le suplica que huya inmediatamente por los graves peligros que allí le aguardan.

— ¡Irene! — exclama con ardor, — ¿cómo quieres que huya de lo que me arrebató y me fascina? ¿Por qué llamarme tus ojos con tan irresistible imperio para obligarme ahora á una fuga cobarde?

— Porque quiero salvarte, Pablo; porque mi padre te ha visto; ha descubierto nuestra pasión y acaba de dejarme lleno de ira...

¡Por la Virgen de Covadonga, Pablo mío, huye... huye por nuestro amor!

Y la joven alzaba las manos al cielo, volviendo á fijar sus ojos, arrasados de lágrimas, en los ardientes ojos del paje.

— ¿Cómo he de huir, por miedo á la muerte, cuando es toda mi vida la que se refleja en ese puro espejo de tu alma!... Si aquí me sorprende la muerte no la temo... ¡Moriré dichoso contemplando esas lágrimas que viertes por mí!...

— Vete, Pablo... no invoques una felicidad que se ha convertido en amarguísima desventura... Si huyes en seguida quizás nuestra separación no sea para siempre...

— Si esa esperanza pudiese llevármela...

— Yo quiero que huyas porque te adoro. ¿No sabes que á dónde quiera que vayas te ha de acompañar mi

pensamiento?... Quiero que huyas porque mi padre te aborrece...

— Adiós, pues, Irene mía... ya ves que te obedezco...

IV

Tardía resultó, por desgracia, la resolución del enamorado mancebo.

El castellano de Priorio, al galope de su caballo, le sorprendió en su fuga, todavía á la vista de su amada.

Era Pablo demasiado valiente para que no afrontase su crítica situación con ánimo sereno.

Paróse de repente, y despojándose de su gorra con el mayor respeto, se cruzó de brazos aguardando. Toda su ansiedad estaba reconcentrada en Irene, que acababa de desaparecer de la ventana exhalando gemidos ahogados.

El señor de Priorio descabalgó á dos pasos de él, y prorrumpió en estos términos:

— Atrévete á decirme á mí tus pretensiones insensatas, aventurero procaz. Dime, cara á cara, á donde osan llegar tus pensamientos; que ¡por Santiago! te juro que no habrás de contármelo dos veces.

— Reportaos, caballero — contestó Pablo, viendo que desenvainaba su espada — reportaos, puesto que yo no os ofendo. Ved que mi atrevimiento no es tan audaz cuando á vuestros insultos respondo sin la cólera que merecen. Si hubieseis tardado en preguntarme el alcance de mis pensamientos yo me habría apresurado á participároslos; yo hubiese ido á suplicaros que no ha-



llarais indigno de vuestros blasones el término de mis esperanzas, el noble afán de mi pecho, el amor de vuestra hija.

— Calla, osado, que bastante es lo que acabo de escucharte para apurar mi paciencia. ¿Cómo no has medido la distancia que hay de tu miserable procedencia á la altura que pretendes? Pablo Ramírez, el hijo no reconocido por su padre, el fruto infame de una bastardía...

A este insulto palideció de furor el paje, y á pesar de un esfuerzo supremo que hizo para reprimirse, exclamó: — Callad ó ¡por el cielo! que sin reparo á vuestras canas y al sagrado puesto que ocupáis para mi corazón, os arranco la vida!...

— ¡Prueba intentarlo, villano!

Y don Rodrigo cerró con furia terrible contra el joven, quien sin escudo y sin armadura, milagrosamente pudo evitar los primeros golpes con la hoja de su espada, y gracias á su temple toledano.

— ¡Atrás! — gritó el mancebo con voz estentórea, sin ceder una pulgada de terreno. — ¡Yo no quiero ofenderos! ¡yo no puedo heriros!... porque mataría á Irene... Vos infamáis la memoria de mi madre, y yo no quiero echaros en cara la desigualdad de este combate: me habéis acometido estando yo desarmado, y, si me dais la muerte, nada tendrán que envidiaros los asesinos, á vos, el noble y orgulloso señor de Priorio.

Don Rodrigo lanzó un rugido de rabia, y redobló sus embestidas, y sus terribles golpes.

La sangre de Pablo corría ya por algunas heridas y seguía limitando su acción á la defensiva.

V

De repente abrióse con estrépito la puerta principal del castillo, dando paso á la servidumbre del castellano, que conducía sobre una litera á su hija Irene.

Al observar cual la palidez de su semblante se confundía con la blancura de su cendal; viendo la inmovilidad de su cuerpo, sin reparar en las silenciosas lágrimas que se deslizaban por sus mejillas, ninguno hubiera dicho sino que aquellos hombres conducían un cadáver.

Enfurecido el de Priorio por aparición tan inesperada, mandó á los conductores que se retirasen; lo cual efectuaron en seguida, depositando la litera á pocos pasos de los combatientes, no sin visibles muestras de compasión hacia su joven y desolada señora.

Apenas hubieron desaparecido, apostrofó don Rodrigo á su hija en términos tan duros que hicieron relampaguear de indignación la mirada de Pablo.

Irene respondió irguiéndose majestuosa y descendiendo en el acto de la litera con la resolución de una mártir.

— Padre mío, — clamó con vibrante voz, — vengo á evitar que tu enojo contra mí sea causa de que viertas la sangre de un inocente. Mía es la culpa de amarle; toda mía! Imponme á mí sola el castigo que te plazca... pero ¡Virgen Santa! ¿qué has hecho?

Y cayó desvanecida sobre el suelo.

Era que sus ojos acababan de descubrir la sangre de las heridas de Pablo.

El generoso joven voló á socorrerla, pero apenas sus brazos cifieron aquél cuerpo adorado, vióse en la precisión de defenderse nuevamente.

— ¡Aparta, sacrilego — vociferó don Rodrigo, alzando su espada á dos manos — que tu bastarda sangre no la!...

No pudo decir más. Ciego ya de furor el paje por tal injuria, y exaltado ante el sufrimiento y la exclamación de su amada, más que irritado por el dolor de sus heridas, lanzó uno de esos gritos supremos que denuncian lo irremediable, y fulminó su espada al pecho del castellano de Priorio.

El acero, como el rayo, le atravesó de parte á parte, á pesar de la cota que le defendía, y don Rodrigo cayó produciendo un ruido análogo al de un árbol tronchado por su base.

VI

Al siniestro rumor acudieron las gentes del castillo, y á las voces de asombro y de duelo sucediéronse las de la venganza.

Varios hombres de armas corrieron á arrojarle sobre Pablo que, embargado por el horror de su acción, permanecía mirando de hito en hito el sangriento cadáver, cual si esperase que reviviera.

Pronto, sin embargo, volvió en su acuerdo ante las imprecaciones de aquellos hombres, y colocado entre el cadáver del padre y el cuerpo inanimado de la hija, dispúsose á vender cara su vida.

No era difícil de prever el fin del nuevo combate, por más que el heroico esfuerzo y la destreza de Pablo lograsen al principio contener el ímpetu y la ferocidad de sus adversarios.

Dos de ellos habían mordido ya el polvo, pero alguna nueva herida debilitaba el vigor del mancebo, cuando Irene volvió en sí.



Al pronto, atraída por el siniestro rumor de las armas no vió ella más que la situación comprometida, el peligro inminente de su amado, y con un gesto le libró de sus agresores, que se apartaron.

Pero en este momento descubrió el cadáver de su padre, y entonces ocurrió un caso extraordinario, de los que rara vez suceden. Aquella joven tan débil y anodada hasta aquel momento, mostró de repente una energía y resolución comparables á las de un ánimo viril.

No lloró más: ó se habían agotado sus lágrimas ó afluyeron todas á su corazón. Arrodillóse ante su padre, besó su frente helada con augusta veneración, y después de balbucear una breve y fervorosa plegaria, se levantó, y en medio de un silencio sepulcral, dijo á los suyos:

—Apoderaos del matador.

—¡Irene! manda también que me den la muerte sin tardanza, ahora mismo; bien la merezco, aunque la fa-

talidad me ha impulsado... ¡Castiga mi crimen, pero perdóname tú... no me maldigas!...

Un sollozo cortó las últimas palabras del héroe, y de sus ojos brotaron ardientes lágrimas.

Rompió entonces igualmente su dique el sentimiento que inundaba el seno de la huérfana, y á la par de las de él corrieron las lágrimas suyas.

—¡Me amas todavía! —prorrumpió Pablo con exaltación, prescindiendo en aquellos instantes del cuadro de muerte con que tropezaban sus ojos.

—¡Imposible! ¡Imposible!... ¡Aparta, Pablo... al matar á mi padre, has muerto tú también para mí!... ¡Adiós para siempre! —clamó Irene, volviendo el rostro y cubriéndoselo con las manos.

Un vértigo se apoderó del desdichado amante, murmuró un ¡adiós! que parecía salir de un sepulcro, y lanzóse frenético al río cercano, sin que nadie se atreviese á contenerle.

Poco después la corriente del río arrastraba el cadáver de Pablo, y las doncellas de Irene tenían que sujetar á su joven señora, que trataba de arrojarle en pos de él.

La obligaron á vivir, pero su vida inspiró más compasión que la muerte.

La castellana de Priorio se había vuelto loca.

En recuerdo de ésta trágica historia se santiguan los campesinos al pasar por aquel sitio tan sombríamente hermoso, y enseñan conmovidos al viajero la musgosa peña desde la cual el paje se lanzó al río.

Como sus pies iban manchados con la sangre de don Rodrigo, dejaron sobre la roca la huella indeleble de que hablamos.

En el país creen que no se borrará nunca.

LUCIANO GARCIA DEL REAL



SUMARIO DEL NÚMERO PROXIMO

CUBIERTA: Cuadro de Juan Brull.

Baile de máscaras, caricaturas, de Xaudaró.

PÁGINAS EN COLOR: Excmo. Sr. Conde de Caspe, Capitán General de Cataluña.

Salida del baile, cuadro de Román Ribera.

Chispas (Romance), por Francisco Gras y Elías.

Mignon, cuadro de J. M. Tamburini.

Catedral de Avila, acuarela de F. Brunet y Fita.

PÁGINAS EN NEGRO: *Días de campo* (Monólogo), por Rafael Altamira; ilustración de J. Passos.

Asunto gastado, por Luis de Val; ilustración de A. Serriñá.

Curiosidades musicales. *El cuarteto de cuerda*, por el Conde de Morphy.

La fiesta de San Antón, con ilustraciones de José Passos.

Maestro Martínez Imbert, fotograbado directo.

El patriotismo en la mujer, poesía por Salvador Carrera, ilustraciones de José Passos.

Dos infelices, por Pablo de Segovia.

MOAICO.

REGALO: *Scherzo*, por el Mtro. Martínez Imbert, con ilustración de José Cuchy.

Al compaginar el número 6, por efecto de los muchos grabados que tenemos dispuestos, padecimos una lamentable equivocación; la de dar, como original del escultor señor Tasso, la *Sarah Bernhardt en la Gismonda*, debida á don Rafael Atché.

Advertido el error, lo enmendamos gustosos, para satisfacción de los dos reputados artistas.

LIBROS PRESENTADOS Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

AMÉRICA EN FIN DE SIGLO. — Nuestra distinguida colaboradora, Sra. Baronesa de Wilson, ha tenido la galantería de remitirnos un ejemplar de esta obra, la última que ha producido su castiza pluma, editada con verdadero lujo en los talleres de la Casa Henrich y Compañía, en comandita.

La fecunda escritora é infatigable excursionista, ha hecho gala una vez más de su talento observador, condensando en un libro ameno y lleno de interés, multitud de datos y noticias importantes, recogidas en su tercer viaje á los países ultramarinos, donde tantas simpatías había conquistado en las anteriores, y que puede decirse conoce como el suyo propio.

Domina en la citada obra, aparte de su bondad literaria, un criterio imparcial y recto, sobre todo al tratarse de ciertos asuntos palpitantes y espinosos en los actua-

les momentos; siendo esto, una de las cualidades que en mayor grado la avaloran, y merced á la cual, obtendrá la misma favorable acogida aquí que allá.

La recomendamos muy de veras á nuestros lectores, y en particular, á los coleccionadores de buenos libros, deseando á su ilustre é ilustrada autora, que el resultado material corra parejas con la valía del trabajo.

EL ESGAÑA-POBRES. — Estudio de una pasión, por Narciso Oller. — Premiado en los Juegos Florales de Barcelona, de 1884. — Versión castellana, de Rafael Altamira. — Ilustraciones de Joaquín Mir.

Volumen undécimo de la *Colección Elzevir Ilustrada*, que publica la casa editorial de Barcelona, Juan Gili. — Precio: 2 pesetas.

El lujo y la belleza de esta biblioteca, lo esmerado de la edición y lo rico de la parte material, son harto conocidos del público para que nosotros hagamos su elogio.

En cuanto á la obra, basta con anunciar los nombres del autor y del traductor, para garantizar la calidad de su labor literaria.

NERVIOSAS (3.^a serie, II de la de los MIL SONETOS). — Con ese título, ha publicado en Palma de Mallorca, don Francisco Antich é Izaguirre, un tomito de 108 páginas, conteniendo exclusivamente cincuenta sonetos; del cual nos ha remitido dos ejemplares.

Ardua y penosa tarea se impuso el autor de esta obra; pues si, tratándose de tal composición, escribir una buena es por lo común difícil; espanta la dificultad que encierra hacerlas por millares.

Comprendemos que haya quien se dedique á coleccionar sonetos; pero revela una gran dosis de abnegación el sólo propósito de crearlos originales... tan al por mayor.

No debemos extrañar, pues, que entre los publicados en esta segunda serie, figuren algunos poco recomendables, y que en general resulten pobres de pensamiento, algo rebuscados, y un tanto deficientes en la forma.

Sin embargo, los que valen, aun siendo en pequeño número, revelan excelentes disposiciones en su autor; de las que sacará, sin duda, mejor fruto, cuando las emplee en trabajos literarios de menor empeño.

Mucho celebraremos poder juzgarle más favorablemente en otras de las varias obras que tiene en prensa.

Corridas de toros. — Instantáneas de la casa LOKNER. — Fototipia de Hauser y Menet, Madrid.

Reservados todos los derechos de propiedad artística y literaria

Impreso por F. Giró. — Papel de Sucesores de Torras Hermanos. — Lit. Labiella.



INSTRUMENTOS, MÚSICA, PIANOS, HARMONIUMS

Fernando VII, 51-53 **JUAN AYNE** y Call, 22, Barcelona

Pianos Henry HERZ, Neveu y C.^a

Pianos BOISSELOT

Harmoniums d'ALEXANDRE, Père y Fils.

Unico depósito en este Establecimiento.

VENTAS AL CONTADO Y A PLAZOS

Fabricación de artículos musicales, taller de grabado y estampación de música

PEGAMOID

SE FABRICA EN ESPAÑA

Aplicable á todos los tejidos, papeles y cartones.

25, Puerta del Angel, BARCELONA

Londres, París, S. Petersburgo,

Manchester, Bruselas,

Milano, Berlín,

Viena.

Impermeable,

Lavable, Aislador,

Antiséptico, No se mancha,

No se raya, Ligerio, Durable, Barato, Hermoso.

25, Puerta del Angel, BARCELONA

NUEVA Y PRECIOSA INVENCION



FOTOGRAFÍAS ANIMADAS

(Cinematógrafo en la mano).

COLECCION ESPAÑOLA

La mejor de todas las conocidas.

VAN PUBLICADAS

N.º 1 Baile Fantástico.

N.º 2 Danza Serpentina

N.º 3 Asalto de Armas.

N.º 4 Baile Francés.

N.º 5 Duelo de Damas.

N.º 6 El Gimnasta.

N.º 7 Los Pilluelos.

N.º 8 El Barbero.

N.º 9 La Jota Aragonesa.

En prensa: La Menegilda.

La Pulga Marte y las Bra-

vias, ¡Olé! ¡Viva España!

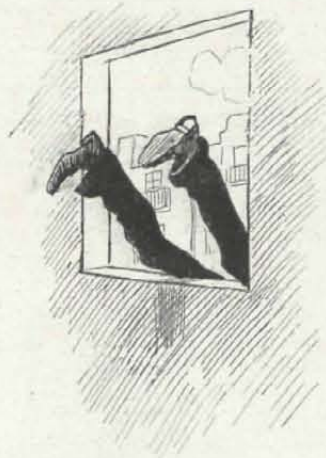
El Beso.

PRECIO DE CADA BLOCK: DOS REALES

DE VENTA en Librerías, Papelerías, Kioscos y tiendas de juguetes,
y al por mayor, BENJAMIN MIRALLES

BAILÉN, 17 BARCELONA

¿AGUA? por XAUDARÓ.



¡Está dicho!... ¡.....!



— Por fortuna... no se ha hecho nada... está aturrido...
— ¡Tome V. agua!



— ¿Agua? ¿Pues de qué piso es necesario caerse
para que le den á uno un vaso de vino?

VINO DE OSTRAS

Del Dr. Sastre y Marqués.

Los más eminentes médicos de España, lo recomiendan á sus enfermos y convalecientes para la curación de las enfermedades nerviosas, anemia y debilidad general. Depósito en Madrid: Vda. Somolinos, Infantas, 26; en Zaragoza, farmacia Rios hermanos; en casa del autor, Hospital, 109, Barcelona, y en todas las farmacias bien surtidas.

JUAN BAUTISTA PUJOL Y C.^a

EDITORES DE MÚSICA

1 y 3, PUERTA DEL ANGEL, 1 y 3. BARCELONA

Música de todos géneros y países. — Panos, Harmoniums, Organos é instrumentos de orquesta y banda. — Representación y depósito de las principales casas extranjeras. — Contratas especiales. — Compras directas. — Agentes en París, Bruselas, Berlin, Leipzig, Hamburgo, Londres, Milán y Viena. — Precios, los más económicos, y existencias, las más importantes de la Península. — Catálogos gratis. — Expediciones diarias.

HISTORIA

del
GENERAL

D. JUAN PRIM

Semanalmente y sin interrupción se publica un cuaderno que vale

UN REAL

á pesar de contener dieciséis páginas de texto, ó bien ocho y un rico cromó.

JUAN FRANQUESA

ALMACÉN DE MUEBLES

VENTA A PLAZOS Y AL CONTADO

SAN PABLO, 28 Esquina Arco de San Agustín BARCELONA



FÁBRICA DE PIANOS

DE COROMINAS Y RIERA

Pianos verticales, oblicuos y cruzados reconocidos como superiores y que compiten ventajosamente con los extranjeros. ♦ Cambios, alquileres, reparaciones y afinaciones. ♦ Fundas para piano, zócalos, metrónomos, cubre teclados, etc.

CATALOGOS GRATIS PRINCESA, 45.—BARCELONA

LA EMPERATRIZ



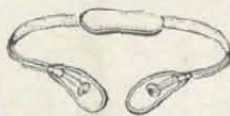
Corsés y Fajas.

TRES LLITS,
núm. 10

Escudillers Blanchs, 2
BARCELONA

Faja ventrera para sujetar, sostener y disminuir el vientre, elogiada y recomendada por ilustres Doctores en Medicina de esta Capital.

Las personas que deseen anunciar en este periódico, deben dirigirse á don Manuel Solá, Mallorca, número 315, principal.



puede construir bragueros electro-magnéticos, más que su propio autor. — Pídense el folleto explicativo: Unión, 7, entresuelo, Barcelona. — VIVES, ORTOPEDISTA.

Apuntes para un prólogo sobre EXTRACCIONES DENTARIAS

(En publicación)

por el Dr. BRUGUERA MARTÍ

Médico especialista.

PELAYO, 22

BARCELONA

CONVIENE A LOS HERNIADOS (QUEBRADOS)

Sepan que un invento verdad con real privilegio, es el Braguero óptimo hernial VIVES, compuesto de elementos electro-magnéticos, capaces de curar las hernias, por crónicas y rebeldes que sean. — La ley castiga á los falsificadores. — Ningún fabricante de bragueros puede construir bragueros electro-magnéticos, más que su propio autor. — Pídense el folleto explicativo: Unión, 7, entresuelo, Barcelona. — VIVES, ORTOPEDISTA.

MARCA



«Tintura vegetal» para el cabello y la barba.

LA MARAVILLA de J. Martra.

Impide la caída del cabello, cura la caspa, es tónica como la mejor brillantina. Como autor y práctico que soy en el cabello puedo asegurar que LA MARAVILLA es el único específico para conservar la cabeza sana y limpia. (No tiene nitrato de plata.)

AGUAS PARA LAS SEÑORAS

LA FLOR DE LIS deja el cutis fino mate. ♦ LA MEJICANA deja el cutis fino con lustre. Su aplicación es sencilla; basta aplicarla con una esponjita ó franela muy suave. ♦ Se venden estas aguas en todas las perfumerías. ♦ Encargos en Barcelona, Bailén, 117, 1.º



PIANOS

FORTUNY 3 BARCELONA
PIANOS DE COLA Y VERTICALES
A CUERDAS CRUZADAS Y CUADRO DE HIERRO
ESTILO NORTE AMERICANO
SE REMITEN CATALOGOS



Antes de usarlo.

Depilatorio en polvo del Dr. Thomson

El remedio mejor, más perfecto é inofensivo, para hacer desaparecer pronto el vello, único que no ejerce influencia perjudicial sobre la piel

Aplicacion sencilla. ♦ Resultados positivos.

Precio: 3 PESETAS CAJA

Unico depósito: Perfumería LAFONT

Call, 30. BARCELONA



Después de usado.

GRAN FARMACIA HOMEOPÁTICA ESPECIAL

GRAU-ALA

8, CALLE DE LA UNION, 8 BARCELONA

Esta casa montada á la altura de las más acreditadas del extranjero, se halla surtida de cuanto tenga relación con la Homeopatía.

Gran surtido de botiquines desde 8 á 500 ptas.

Obras de Homeopatía. — Se remiten catálogos.

WERTHEIM

MAQUINAS PARA COSER PERFECCIONADAS

VENTA A PLAZOS

y al
CONTADO



CONTADO
y al

VENTA A PLAZOS

BICICLETAS GARANTIDAS

TALLERES DE REPARACIONES

Niquelaje especial y esmaltes á fuego.

AVIÑO, 9 BARCELONA